

afectas, y mandaba todavía algunos suizos de su guardia; esto era excesivo, y era necesario buscar un pretexto para disculpar una última violencia; se encontró en un incidente ridículo, que ofrecía, sin embargo, una prueba de sencilla adhesión: unos pescadores del Tíber que habían cogido un esturión, quisieron llevarlo a su nuevo San Pedro, a Liens; pero en el mismo momento los agentes franceses gritaron: ¡A los amotinados!, y fué dispersado lo poco que quedaba del gobierno pontificio. El estampido del cañón del castillo de San Angel anunció la caída de la soberanía temporal del papa. La bandera pontificia cedió su puesto a la bandera tricolor, que anunciaba la gloria y las ruinas en todas las partes de la tierra. Había visto Roma pasar y desvanecerse otras muchas tempestades que no han hecho más que quitar el polvo de que se halla cubierta su vieja cabeza.

PROPUESTA DEL SOBERANO PONTÍFICE. — ES TRANSPORTADO DE ROMA. — QUINTA COALICIÓN.—TOMA DE VIENA.—BATALLA DE ESSLING. — BATALLA DE WAGRAM.— TRATADO DE PAZ FIRMADO EN EL PALACIO DEL EMPERADOR DE AUSTRIA. — DIVORCIO. — NAPOLEÓN SE CASA CON MARÍA LUISA. — NACIMIENTO DEL REY DE ROMA.

El cardenal Pacca, uno de los sucesores de Consalvi, que se había retirado, corrió al lado del papa. Ambos exclamaron: *Consummatum est!* El sobrino del cardenal, Tiberio Pacca, llevaba un ejemplar impreso del decreto de Bonaparte; el cardenal toma el decreto, se acerca a una ventana, cuyas hojas cerradas dejaban entrar muy poca luz, intentando leer el papel; consíguelo con mucho trabajo, viendo a algunos pasos a su desgraciado soberano, y oyendo el cañón que anunciaba el triunfo imperial. Dos ancianos, en las tinieblas del palacio romano, luchaban solos contra un poder que oprimía al mundo: sacaban el vigor de su edad: cuando la muerte está próxima, el hombre es invencible.

El pontífice firmó desde luego una protesta solemne; pero, antes de firmar la bula de excomunión, preparada hacía mucho tiempo, preguntó al cardenal Pacca: «¿Qué es lo que haríais vos?» «Alzad los ojos al cielo—contestó el fiel servidor—, y después dad vuestras órdenes:

lo que diga vuestra boca será lo que el cielo quiera.» El papa alzó los ojos, firmó, y dijo: «¡Dad curso a la bula!»

Megacci fijó los primeros ejemplares de la bula en las puertas de las tres basílicas, de San Pedro, de Santa María la Mayor y de San Juan de Letrán; pero fueron arrancadas de allí, y el general Miollis envió uno al emperador.

Si alguna cosa podía dar su antiguo prestigio a la excomunión, era la virtud de Pío VII: entre los antiguos, el rayo era tanto más terrible, cuanto más sereno era el cielo en que brillaba. Pero la bula tenía un cierto carácter de debilidad. Napoleón, comprendido entre los *expoliadores* de la Iglesia, no se hallaba *expresamente* nombrado en ella. En aquella época había mucho miedo, y los tímidos se refugiaron con la conciencia tranquila en esta ausencia de excomunión nominal. Era preciso combatir con violencia: devolviendo rayo por rayo, y ya que se había tomado el partido de defenderse, debieron haber hecho cesar el culto, cerrar las puertas de los templos, poner en interdicción las iglesias, prohibiendo a los sacerdotes administrar los sacramentos. Que el siglo fuese o no sensible a un acto de esta importancia, debía, no obstante, haberse hecho la prueba: Gregorio VII no hubiera dejado de hacerla. Si por una parte no había la fe suficiente para apoyar una excomunión, la había mucho menos para que Napoleón, semejante a Enrique VIII, se hiciese jefe de una Iglesia separada. El emperador, con una completa excomunión, se habría encontrado bastante comprometido; la violencia puede erigir iglesias, pero no puede abrirlas; no podrían obligar al pueblo a la oración, ni al sacerdote a ofrecer el santo sacrificio de la misa. En ningún tiempo se emplearon contra Napoleón todas las armas de que se pudiera haber echado mano.

Un sacerdote de setenta y un años, y sin un soldado, ponía en gran peligro al Imperio. Murat envió setecientos napolitanos a Miollis, el inaugurador de la fiesta de Virgilio en Mantua. Radet, general de la gendarmería, que se encontraba en Roma, fué el encargado de apoderarse del papa y del cardenal Pacca. Se tomaron las precauciones militares convenientes; se dieron instrucciones con el mayor secreto y con tanta exactitud como en la noche de Saint-Barthelemy: cuando sonara la una en el reloj del Quirinal, las tropas, reunidas en silencio, debían

escalar intrépidamente la cárcel de los dos ancianos sacerdotes.

A la hora fijada, el general Radet penetró en el patio del Quirinal, por la puerta principal: el coronel Siry, que se introdujo anticipadamente en el palacio, le abrió las puertas. El general subió a las habitaciones, y, al llegar a la sala de las consagraciones, se encontró con la guardia suiza, que constaba de cuarenta hombres; ésta no ofreció resistencia alguna, pues había recibido órdenes de no hacerla: el papa no quería tener más apoyo que el de Dios.

Las ventanas del palacio que daban a la calle que conduce a la Porta-Pía fueron abiertas a hachazos. El papa, que se había levantado apresuradamente, estaba vestido con el roquete y la mueta en la sala de audiencia, con el cardenal Pacca, el cardenal Despuig, algunos prelados, y los empleados de la secretaría. Encontrábase sentado delante de una mesa, entre los dos cardenales. Radet entra, y de un lado y de otro se guardó el más profundo silencio. Radet, pálido y desconcertado, habló por fin: declaró a Pío VII que debía renunciar a la soberanía temporal de Roma, y que si su santidad se negaba a obedecer, tenía orden de entregarlo al general Miollis.

El papa respondió que, si los juramentos de fidelidad obligaban a Radet a obedecer las órdenes de Napoleón, con mayor motivo él, Pío VII, debía guardar los juramentos que había pronunciado al recibir la tiara, que él no podía ceder ni abandonar el dominio de la Iglesia, puesto que no le pertenecía, y del cual no era más que un administrador.

Habiendo preguntado el papa si había de ir solo, le respondió el general: «Vuestra santidad puede llevar consigo a su ministro.»

Pacca corrió a un aposento vecino a ponerse su traje de cardenal.

Gregorio VII, celebrando los oficios en Santa María la Mayor, en la noche de Navidad, fué arrancado del altar, herido en la cabeza, despojado de sus ornamentos, y llevado a una torre por orden del prefecto Cencio. El pueblo acudió a las armas: Cencio cayó asustado a los pies de su cautivo; Gregorio apaciguó el motín, y conducido nuevamente a Santa María, acabó de celebrar los oficios.

El 8 de septiembre de 1803 entraron Nogaret y Colonne de noche en Agnani, y forzaron la casa de Bonifacio VIII, que les aguardaba con el manto ponti-

ficio sobre los hombros, la cabeza ceñida con la tiara, y las manos armadas con las llaves y la cruz. Colonne le abofeteó: el papa murió de rabia y de dolor.

El humilde y digno Pío VII no mostró ni la misma audacia humana ni el mismo orgullo mundanal; tenía los ejemplos más cerca de sí; sus amarguras se parecían a las de Pío VI. Dos pontífices del mismo nombre, sucesor uno de otro, han sido víctimas de nuestras revoluciones; los dos se vieron arrastrados a Francia por la *senda dolorosa*: el uno fué a morir a los ochenta y dos años en Valence, el otro sufrió, ya septuagenario, un encarcelamiento en Fontainebleau. Pío VII parecía el espectro de Pío VI, que había pasado por el mismo camino.

Cuando volvió Pacca vestido con su traje de cardenal, encontró a su augusto amo en manos de los esbirros y gendarmes, que le obligaron a bajar por las escaleras, cubiertas con restos de puertas derribadas. Pío VI, sacado del Vaticano en 20 de febrero de 1800, tres horas antes de salir el sol, dejó aquel mundo de obras maestras que parecía llorar por su ausencia, y salió de Roma, en medio del murmullo de las fuentes de la plaza de San Pedro, por la puerta Angélica. Pío VII, arrancado del Quirinal el 16 de julio al rayar el día, salió por la Porta-Pía y dió la vuelta a las murallas hasta la puerta del Pópolo: la Porta-Pía, por donde tantas veces he salido solo a paseo, es la misma por la que Alarico entró en Roma. Al pasear por la ronda que había dado paso a Pío VII, no veía yo hacia la parte de la Villa-Borghese más que la morada de Rafael, y hacia el lado del monte Pincio los asilos de Claudio Lorrain y del Poussin: sublimes recuerdos de la belleza de las mujeres y de luz de Roma; recuerdos del genio de las artes, protegido por el poder pontificio, y que podían acompañar y consolar a un príncipe prisionero y despojado.

El papa encontró en los patios del Quirinal a los napolitanos, sus opresores, y los bendijo de igual manera que a la ciudad; esa bendición apostólica, que en todo se mezcla, lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, presta un carácter especial a los acontecimientos de la vida de los reyes pontífices, que los hace diferenciarse de los demás reyes. Algunos caballos de posta estaban aguardando fuera de la puerta del Pópolo: las persianas del carruaje adonde subió Pío VII se hallaban clavadas en el lado

en que él se sentó. Luego que entró el papa fueron cerradas las portezuelas con dos vueltas, y Radet se guardó las llaves. El jefe de los gendarmes debía acompañar a Su Santidad hasta la Cartuja de Florencia.

En Monterossi estaban llorando algunas mujeres a las puertas de sus casas. El general suplicó a Su Santidad que bajase las cortinillas del carruaje para ocultarse. Hacía un calor excesivo: por la tarde, Pío VII pidió de beber: el sargento de caballería Cardigny llenó una botella en un arroyo del camino, y el papa la apuró con placer. En la montaña de Radicofani hizo alto Su Santidad en una pobre posada; llevaba los vestidos empapados en sudor, y no tenía ropa para mudarse. Pacca ayudó a la criada a hacerle la cama. Al otro día encontró el papa a algunos aldeanos, y les dijo: «Valor y oraciones.» Cruzaron por Siena, y al entrar en Florencia se rompió una rueda del coche: el pueblo exclamaba conmovido: «¡Santo padre, santo padre!» El papa fué sacado del carruaje volcado por una portezuela: unos se prosternaban, otros tocaron los vestidos de Su Santidad, como el pueblo de Jerusalén tocó la túnica de Cristo.

Por fin, pudo el pontífice ponerse en camino para la Cartuja, en cuya soledad heredó el lecho que Pío VI había ocupado diez años antes, cuando dos palafreneros lo subían a su carruaje arrancándole gemidos de dolor. La Cartuja pertenecía a la posesión de Vallombrosa; por unos pinares se llegaba a las Camaldulas, y de allí, de peñasco en peñasco, a la cumbre del Apenino, desde donde se descubren los dos mares: una nueva orden obligó a Pío VII a salir para Alejandría, sin darle tiempo más que para pedir un breviario al prior. Pacca fué separado del soberano pontífice.

En el camino de la Cartuja a Alejandría acudió una muchedumbre inmensa. Quién arrojaba flores al cautivo, quién le daba agua o le ofrecía frutas; aquellos aldeanos pretendían darle la libertad, y le decían: «Vuole? dica.» Un piadoso ladrón le hurtó un alfiler, reliquia que debía abrir al raptor las puertas del cielo.

A tres millas de Génova el papa entró en una litera que le condujo a orillas del mar, y desde allí una falúa le transportó al otro lado de la ciudad, a San Pedro de Arena. Llegó por el camino de Alejandría y de Mondovi a la primera

población francesa, donde fué recibido con arrebatos de religiosa ternura: al presenciarla, murmuraba: «¿Por ventura puede Dios ordenarnos que parezcamos insensibles a estas muestras de afecto?»

Los prisioneros españoles de Zaragoza estaban internados en Grenoble, y, como esas guarniciones de europeos que viven olvidadas en algunas montañas de las Indias, cantaban durante la noche, haciendo resonar en climas extrajeros los acentos de la patria: de improviso llega el papa, como si hubiera oído aquellas voces cristianas: los cautivos salen al encuentro del nuevo compañero de opresión, y caen de rodillas: Pío VII, sacando casi todo el cuerpo fuera del carruaje, tiende sus manos descarnadas y trémulas sobre aquellos guerreros que habían defendido la libertad de España con la espada en la mano, como él la de Italia, con la fe: ambas espadas se cruzan sobre cabezas heroicas.

Desde Grenoble fué conducido a Valence. Allí expiró Pío VI, y allí había exclamado cuando lo presentaron al pueblo: *Ecce homo!* En aquel sitio Pío VI se separó de Pío VII; el muerto, al encontrar su tumba, se metió en ella; él fué quien hizo cesar la doble aparición, pues hasta entonces se habían visto marchar juntos a los dos papas, así como la sombra acompaña al cuerpo. Pío VII llevaba el anillo que Pío VI tenía en el dedo cuando expiró, en señal de haber aceptado las desgracias y el destino de su antecesor.

En Valence empezó Bonaparte la carrera, desde la que se lanzó sobre Roma. No dejaron a Pío VII el tiempo necesario para visitar las cenizas de Pío VI, y le trasladaron apresuradamente a Aviñón: esto era hacerle entrar en la pequeña Roma; allí pudo ver la nevera en los subterráneos del palacio de otra línea de pontífices y escuchar la voz del anciano poeta coronado que llamaba a los sucesores de San Pedro al Capitolio.

Conducido al acaso, entró de nuevo en los Alpes marítimos; quiso atravesar a pie el puente del Var, encontrando la población dividida por oficios; los eclesiásticos vestidos con sus trajes sacerdotales, y diez mil personas arrodilladas, guardando el más profundo silencio. La reina de Etruria con sus dos hijos, también de rodillas, esperaba al santo padre en la extremidad del puente. En Niza las calles estaban alfombradas con flores. El comandante que llevaba al pa-

pa a Savona, tomó por la noche un camino desusado por medio de los bosques; pero, con gran sorpresa, se encontró en medio de una iluminación solitaria; cada árbol presentaba un candil. La ribera del mar y la Corniche estaban iluminadas del mismo modo; los buques vieron desde lejos aquellos faros que el respeto, el cariño y la piedad encendían por el naufragio de un sacerdote cautivo. ¿Volvió Napoleón de esta manera de Moscou? ¿Iba precedido del boletín de sus buenas obras y de las bendiciones de los pueblos?

Durante aquel largo viaje tuvo lugar la victoria de Wagram, y se decidió el matrimonio de Bonaparte con María Luisa. Trece de los cardenales enviados a París fueron desterrados, y la consulta romana firmada por Francia, insistió de nuevo sobre la reunión de la Santa Sede al imperio.

El papa, detenido en Savona, fatigado y hostigado por los secuaces de Napoleón, publicó una bula en la que fué el principal autor el cardenal Roverella, y que permitía enviar las bulas de confirmación a algunos de los obispos nombrados. El emperador no esperaba tanta complacencia; pero desechó la bula, porque, aceptándola, hubiérale sido preciso poner en libertad al soberano pontífice. En un exceso de cólera, ordenó que los cardenales desafectos dejasen la púrpura, y algunos de ellos fueron encerrados en Vincennes.

El prefecto de Niza escribió a Pío VII diciéndole que le estaba prohibido tener relaciones con ninguna iglesia del imperio bajo pena de desobediencia; que él, Pío VII, había dejado de ser el órgano de la Iglesia por predicar la rebelión, y porque *su alma era toda de hiel*; que puesto que no había manera de hacerle razonable, vería cómo S. M. tenía poder bastante para destituir a un papa.

¿Era el vencedor de Marengo quien había dictado la minuta de semejante carta?

Por último, después de tres años de cautividad en Savona, el pontífice fué enviado a Francia el 9 de junio de 1812. Se le mandó que mudase de traje: marchando hacia Turin, llegó al hospicio del Monte Cenís, en medio de la noche. Una vez allí, y próximo a expirar, recibió la Extremaunción. No se le permitió estar sino el tiempo preciso para la administración del último sacramento: no le permitieron que habitara cerca del cielo.

Sus labios no exhalaban una queja, renovando el ejemplo de mansedumbre del mártir de Verceil. Al pie de la montaña, viendo caer el broche de la capa del verdugo, dijo aquel hombre: «He aquí un broche de oro que se te acaba de caer; recógelo, y no vayas a perder lo que has ganado con tanto trabajo.»

Mientras duró la travesía de Francia, no le fué permitido bajar del carruaje. Si tomaba algún alimento era dentro del coche, y en las paradas le encerraban en las cocheras de la casa de postas. El 20 de junio por la mañana llegó a Fontainebleau: tres días después Bonaparte atravesaba el Niemen para empezar su expiación. El conserje se negaba a admitir al cautivo por no tener todavía orden para ello; pero, llegada que fué esta orden, entró el papa en la prisión: allí entró con él la justicia del cielo: en la misma mesa donde Pío VII apoyaba su mano desfallecida, firmó después su abdicación Bonaparte.

Si la injusta invasión de España levantó contra Napoleón al mundo político, la ingrata usurpación de Roma le enemistó con el mundo moral: sin provecho ninguno convirtió en enemigos suyos a los pueblos y a los altares, al mundo y a Dios. Entre los dos precipicios que había abierto a las dos orillas de su vida, marchó por una estrecha senda a buscar su destrucción al fondo de Europa, como sobre el puente que la muerte, ayudada del mal, arrojó sobre el caos.

Pío VII no es una persona ajena a estas *Memorias*: es el primer soberano con quien tuvo que tratar en mi carrera política, empezada e interrumpida súbitamente durante el Consulado. Aun me parece verle recibíendome en el Vaticano con *El Genio del Cristianismo* abierto sobre la mesa, y en la misma estancia donde fué admitido a los pies de León XII y de Pío VIII. Me complazco en recordar lo que sufrió; los dolores que bendijo en Roma en 1803 pagarán a los suyos con mi recuerdo una deuda de reconocimiento.

El 9 de abril de 1809 se formó la quinta coalición entre Inglaterra, Austria y España, apoyada sordamente por el descontento de los demás soberanos. Los austriacos, quejándose de la infracción de los tratados, pasan aceleradamente el Inn en Braunau: se les había echado en cara su lentitud, y quisieron hacerse Napoleones; pero este modo de operar no

les sentaba bien. Bonaparte, creyéndose dichoso por dejar España, corrió a Baviera y se puso a la cabeza de los bávaros sin esperar a los franceses: cualquier soldado era bueno para él.

Derrota en Abensberg al archiduque Luis; en Eckmühl al archiduque Carlos; se abre camino por entre el ejército austriaco, y efectúa el paso del Salza.

Llega a Viena: el 21 y 22 de mayo presencia las terribles jornadas de Essling. El parte del archiduque Carlos dice que en el primer día doscientos ochenta y ocho piezas de artillería austriacas dispararon cincuenta y un mil cañonazos, y que en el día siguiente maniobraron más de cuatrocientas de una y otra parte. Allí fué herido mortalmente el mariscal Lannes: Napoleón le dijo algunas palabras, y lo olvidó después; la amistad de los hombres se enfría tan pronto como la bala que los hiere.

La batalla de Wagram (6 de julio de 1809) resume los diversos encuentros librados en Alemania. Bonaparte despliega en ella todo su genio. El coronel César de Laville, encargado de ir a reparar un destrozo del ala izquierda, lo encontró en el ala derecha, dirigiendo el ataque del mariscal Davout. Napoleón volvió inmediatamente al lado opuesto, y repara el descalabro sufrido por Massena. Después, y en el momento en que todo se creía perdido, fué cuando, apreciando él solo las maniobras del enemigo, exclama: «¡Se ha ganado la batalla!» Oponer su voluntad a la victoria vacilante, y la conduce al combate, como César llevaba asidos por las barbas a sus asombrados veteranos. Novecientas bocas de bronce despiden llamas; la llanura y las mieses arden por todos lados; desaparecen los pueblos; la acción dura doce horas. En una sola carga, Lauriston marcha al trote hacia el enemigo, al frente de cien piezas de artillería. Cuatro días más tarde, se recogían en medio de los sembrados a los militares que habían acabado de morir abrasados por los rayos del sol, sobre las espigas aplastadas, tendidas y pegadas entre sí con la sangre; los gusanos se habían ya apoderado de las heridas de los primeros cadáveres.

En mi juventud era costumbre leer los comentarios de Folard y de Guischartt, de Tempelhoff y de Lloyd; se estudiaba el orden profundo, el orden en pequeño, y mil veces he hecho maniobrar, sobre mi mesa de subteniente, pequeños trozos

de madera. La ciencia militar ha cambiado como todo lo demás, con la Revolución; Bonaparte fué el inventor de la gran guerra, cuya idea le habían sugerido las conquistas de la República. Despreció las plazas fuertes, aventurándose en los países invadidos y ganando batallas repentinamente. No se ocupaba de las retiradas; marchaba siempre derecho, como esas vías romanas que pasan sin desviarse sobre los precipicios y los montes. Dirigía todas sus fuerzas a un solo punto; después reunía al semicírculo los cuerpos aislados, cuya línea había roto. Este modo de maniobrar, que le pertenecía, hallábase en consonancia con la furia francesa; pero no hubiera tenido buen éxito con tropas menos impetuosas y menos ágiles. Hacia el final de su carrera hacía cargar la artillería y tomar los reductos a la caballería. ¿Qué resultó de esto? Conduciendo a Francia a la guerra, se enseñó a Europa a marchar; ya no se trató más que de multiplicar los medios. Las masas han equiparado las masas. En vez de cien mil hombres, se han empleado seiscientos mil; en lugar de cien piezas de artillería, se han presentado quinientas: la ciencia no ha avanzado; la escala es la que únicamente se ha ensanchado. Turana sabía tanto como Napoleón en este punto; pero no era dueño absoluto, y no podía disponer de cuarenta millones de hombres. Tarde o temprano, será preciso reducirse a la guerra civilizada, que deja a los pueblos tranquilos, en tanto que un corto número de soldados cumple con su deber; será menester volver a la táctica de las retiradas, a la defensa de un país por medio de plazas fuertes, a las maniobras que sólo cuestan tiempo y economizan sangre. Estas colosales batallas de Napoleón se hallaban fuera del alcance de la gloria; la vista no puede abrazar esos campos sangrientos, que no producen, en resumen, ningún resultado proporcionado a sus catástrofes. Europa, a no ser que sobrevengan acontecimientos imprevistos, está cansada de combate para mucho tiempo. Bonaparte ha muerto la guerra exagerándola: nuestra guerra de África no es más que una escuela experimental abierta para nuestros soldados.

En medio de los muertos, en el campo de batalla de Wagram, Napoleón dió a conocer la impassibilidad que le era peculiar, y que afectaba, con el objeto de parecer diferente de los demás hombres, diciendo con frialdad, o mejor dicho, repi-

tiendo sus palabras obligadas en tales circunstancias: «¡He aquí una gran destrucción!»

Quando le recomendaban a los oficiales heridos, respondía: «Están ausentes.» Si la ciencia militar enseña algunas virtudes, también destruye muchas: el soldado demasiado humano no podría cumplir su misión; la vista de la sangre y de las lágrimas, las desgracias, los ayes del dolor deteniéndole a cada momento, destruirían en él lo que forma a los Césares, raza que, a pesar de todo, no sería muy echada de menos.

Después de la batalla de Wagram se firmó un armisticio en Znaim. Los austriacos, aunque nuestros partes digan lo contrario, se retiraron en buen orden, y sin dejar tras sí un solo cañón servible. Bonaparte, dueño de Schœnbrunn, trabajaba en asegurar la paz. «El 13 de octubre—dice el duque de Cadore—volví de Viena para trabajar con el emperador. Después de algunos momentos de conversación, me dijo: «Voy a pasar revista; aguardadme en mi gabinete, y redactaréis entre tanto las proposiciones.» Permanecí allí con el señor de Menieval, su secretario íntimo: pero al poco rato volvió. «¿El príncipe de Lichtenstein—me dijo Bonaparte—no os ha dicho que muchas veces le habían hecho proposiciones para asesinarle?» «Sí, señor, y me ha manifestado el horror con que las había rechazado.» «Pues bien, ahora acaban de hacer una tentativa: seguidme.» Entré con él en el salón. Algunas personas que parecían muy agitadas, rodeaban a un joven de unos diez y ocho a veinte años, de una fisonomía agradable y dulce, que denotaba una especie de candor, y que era el único que entre todos conservaba una perfecta tranquilidad. Aquél era el asesino. Napoleón le interrogó con una media afabilidad, sirviéndole de intérprete el general Rapp. Sólo citaré algunas de sus respuestas, que fueron las que más me admiraron.

«—¿Por qué queríais asesinarle? — Porque no habrá paz en Alemania en tanto que viváis. — ¿Quién os ha inspirado este proyecto? — El amor a mi país. — ¿No obrabais de acuerdo con nadie? — Sí; con mi conciencia. — ¿Ignorabais los peligros a que os exponíais? — Los sabía; pero me considero dichoso al morir por mi país. — Vos tenéis principios religiosos; ¿creéis que Dios autorice el asesinato? — Esperó que Dios habrá de perdonarme, atendiendo a mis intenciones.

— ¿Se enseña, por ventura, en las escuelas a que habéis ido Napoleón? — Una gran parte de los que han estado conmigo se hallan animados de los mismos sentimientos, y dispuestos a sacrificar su vida por la salvación de la patria. — ¿Qué haríais si os pusiera en libertad? — Os mataría.»

«La terrible sencillez de esta respuesta, la fría e inmutable resolución que denotaban, y ese fanatismo tan fuera del alcance de todo temor humano, hicieron en Bonaparte una impresión, que creí tanto más profunda, cuanto que manifestaba la mayor sangre fría. Hizo retirar a todo el mundo, y quedó solo con él. Después de algunas reflexiones sobre aquel fanatismo tan ciego, me dijo: «Es necesario hacer la paz.» Esta narración del duque de Cadore bien merecía ser citada.

Las naciones empezaban a hacer su leva, y anunciaban a Bonaparte un enemigo más poderoso que los reyes; la resolución de un hombre del pueblo salvaba entonces a Austria. No obstante, la fortuna de Napoleón no quería volverle aún la cabeza. El 14 de agosto de 1809, en el mismo palacio del emperador de Austria, se firmó la paz; esta vez la hija de los Césares era la palma conquistada; pero Josefina había sido consagrada, y María Luisa no; con su primera esposa pareció alejarse del vencedor la virtud de la unción divina. Pude ser testigo en Nuestra Señora de París de la misma ceremonia que había visto en la catedral de Reims; las mismas personas figuraban en ella, excepto Bonaparte.

Uno de los actores secretos que tomaron mayor parte en la conducción interior de este asunto, fué mi amigo Alejandro Laborde, herido en las filas de los emigrados y condecorado con la cruz de María Teresa en premio de sus heridas.

El 11 de marzo el príncipe de Neuchâtel se casó en Viena por poderes con la archiduquesa María Luisa. Esta salió para Francia acompañada de la princesa Murat: María Luisa, que iba adornada por el camino con el emblema de la soberanía, llegó a Estrasburgo el 22 de marzo, y el 28 al palacio de Compiègne. El matrimonio civil se celebró en Saint-Cloud el 1.º de abril. El día 2 el cardenal Fesch dió en el Louvre la bendición nupcial a los esposos. Napoleón enseñó a esta segunda esposa a serle infiel, como lo había sido la primera, deshonrando él mismo su propio lecho por su intimidad

con María Luisa antes de la celebración del matrimonio religioso: desprecio de la majestad de las costumbres reales y de las leyes divinas, que eran un mal presagio.

Todo parecía terminado: Bonaparte obtuvo la única cosa que le faltaba: semejante a Felipe Augusto, aliándose con Isabel de Hainaut, confunde la última estirpe con la *raza de los grandes reyes*; el pasado se une al porvenir. Tanto en el pasado como en el porvenir es ya el dueño de los siglos, si quiere, por fin, sentarse en la cima; pero él tiene el poder de detener el mundo; mas no el de detenerse; marchará hasta conquistar la última corona que da valor a todas las demás: la de la desgracia.

La archiduquesa María Luisa dió a luz un niño el 20 de marzo de 1811; sanción supuesta de las felicidades precedentes. De este ser, nacido como las aves del polo, al sol de la media noche, sólo quedará un vals triste, compuesto por él mismo en Schönbrunn, y tocado por los músicos de las calles de París en los alrededores del palacio de su padre.

PROYECTOS Y PREPARATIVOS DE LA GUERRA DE RUSIA. — APUROS DE NAPOLEÓN. — EL EMPERADOR EMPRENDE LA EXPEDICIÓN DE RUSIA. — OBJECIONES. — FALTA DE NAPOLEÓN. — REUNIÓN EN DRESDE. — BONAPARTE PASA REVISTA A SU EJÉRCITO. — LLEGA A ORILLAS DEL NIEMEN.

Bonaparte no veía ya enemigos; no sabiendo dónde tomar imperios, a falta de otro mejor había quitado el reino de Holanda a su hermano. Pero una enemistad secreta, que se remontaba a la época del fusilamiento del duque de Enghien, había quedado en lo profundo del corazón de Napoleón contra Alejandro. Una rivalidad de potencia le animaba, y no ignoraba lo que Rusia podía hacer, y a qué precio había comprado las victorias de Friedland y de Eylau. Las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, armisticios forzados, una paz que el carácter de Bonaparte no podía soportar, declaraciones de amistad, apretones de manos, abrazos, fantásticos proyectos de comunes conquistas, todo esto no era más que aplazamientos de odio. Había aún sobre el continente un país y capitales donde Napoleón no había entrado, un imperio en pie enfrente del imperio francés, y los dos colosos tenían que medir sus fuerzas.

Extendiendo los límites de Francia, Bonaparte se había encontrado con los rusos, como Trajano pasando el Danubio se había encontrado con los godos.

Una calma profunda, sostenida por una piedad sincera desde que había vuelto a la religión, inclinaba a Alejandro a la paz, y nunca la hubiera roto a no haber ido a buscarlo. Todo el año 1811 se pasó en preparativos. Rusia invitaba a Austria domada y a Prusia a que se reunieran con ella en caso de ser atacada; Inglaterra llegaba con su bolsa. El ejemplo de los españoles había despertado las simpatías de los pueblos, y ya comenzaba a formarse el lazo de la virtud (*Tugendbund*), que oprimía poco a poco la joven Alemania.

Antes de marchar a Rusia con sus aliados, Austria y Prusia, con la Confederación del Rin, compuesta de reyes y de príncipes, Bonaparte había querido asegurar sus dos flancos que tocaban en las dos orillas de Europa; negociaba dos tratados: uno en el Mediodía con Constantinopla, y otro en el Norte con Estocolmo. Estos tratados no se cumplieron.

Napoleón, en la época de su consulado, había reanudado inteligencias con la Puerta: Selim y Bonaparte habían cambiado sus retratos y sostenían una correspondencia misteriosa. Napoleón escribía a su compadre, con fecha de Osterode, 3 de abril de 1807: «Tú te has mostrado el digno descendiente de los Selim y de los Solimán. Confiame todas tus necesidades, porque yo soy bastante poderoso y bastante interesado en tu ventura, tanto por amistad como por política, para no poderte negar nada.» Encantadora efusión de dos sultanes charlando frente a frente, como hubiera dicho Saint-Simón.

Selim, destruido, Napoleón vuelve al sistema ruso, y piensa dividir la Turquía con Alejandro; después, trastornado por un nuevo cataclismo de ideas, se determinó a la invasión del imperio moscovita. Pero hasta el 21 de marzo de 1812 no pidió a Mahamud su alianza, exigiéndole repentinamente cien mil turcos a orillas del Danubio: por este ejército ofreció a la Puerta la Valaquia y la Moldavia; pero los rusos se le habían anticipado: su tratado estaba a punto de concluirse, y fué firmado el 8 de mayo de 1812.

Los suecos engañaron igualmente en el Norte a Napoleón. Estos habrían podido invadir la Finlandia, como los turcos amenazar la Crimea; por esta com-

binación, teniendo la Rusia dos guerras en sus extremos, se habría visto en la imposibilidad de reunir sus fuerzas contra Francia; esto era la política en una vasta escala. Al encerrarse Estocolmo en una política nacional, se arregló con San Petersburgo.

Después de haber perdido en 1807 la Pomerania, que los franceses habían invadido, y en 1808 la Finlandia invadida por Rusia, Gustavo IV había sido depuesto. Gustavo, leal y loco, ha aumentado el número de los monarcas errantes sobre la tierra, y yo mismo le he dado una carta de recomendación para los padres de la Tierra Santa; en la tumba de Jesucristo es donde uno debe consolar-se. Un tío suyo fué puesto en el lugar del sobrino destronado. Habiendo mandado Bernadotte el cuerpo de ejército francés en Pomerania, se había atraído la estimación de los suecos, que pusieron los ojos en él, y fué elegido para llenar el vacío que dejaba el príncipe de Holstein-Augustembourg, príncipe heredero de Suecia, nuevamente elegido y muerto. Napoleón vió con disgusto la elección de su antiguo compañero.

La enemistad de Bonaparte y de Bernadotte era antigua. Bernadotte se había opuesto al 18 de brumario, y en seguida contribuyó, por conversaciones frecuentes, y por el ascendiente que ejercía en los ánimos, a aquellas indisposiciones que llevaron a Moreau ante un tribunal de justicia. Napoleón se vengó a su manera. Después del juicio de Moreau, regaló a Bernadotte una casa, en la calle de Anjou, despojo del general condenado: por una debilidad entonces demasiado común, el cuñado de José Bonaparte no se atrevió a rehusar esta munificencia algo deshonrosa. Grosbois fué dado a Berthier. Habiendo puesto la fortuna el cetro de Carlos XII en las manos de un compatriota de Enrique IV, Carlos Juan se negó a la ambición de Bonaparte, y pensó que le era más seguro tener por aliado a Alejandro, su vecino, que a Napoleón, su enemigo lejano: se declaró neutral; recomendó la paz, y se propuso por mediador entre Rusia y Francia.

Bonaparte entra en cólera, y exclama: «¡El, el miserable, me da consejos! ¡quiere imponerme la ley, un hombre que todo lo debe a mi bondad! ¡qué ingratitud! ¡Pero yo sabré obligarle a seguir mi impulso soberano!» Como consecuencia de estas violencias, Bernadotte firmó

el 24 de marzo de 1812 el tratado de San Petersburgo.

No preguntéis con qué derecho Napoleón trataba a Bernadotte de *miserable*, olvidando que él mismo no salía, ni de una fuente más elevada, ni de un origen distinto: la Revolución y las armas. Este lenguaje insultante no anunciaba, ni la altura hereditaria del rango, ni la grandeza de alma. Bernadotte no era ingrato, porque nada debía a la bondad de Bonaparte.

El emperador se había transformado en un monarca de antigua raza, que todo se lo atribuye, que no habla más que de sí, y que quiere recompensar o castigar diciendo que está satisfecho o descontento. Muchos siglos pasados bajo la corona, una larga continuación de sepulcros en Saint-Denis, no excusarían siquiera estas arrogancias.

La suerte trajo de los Estados Unidos y del Norte de Europa a dos generales franceses sobre el mismo campo de batalla, para hacer la guerra a un hombre contra el cual se habían reunido primero y separado después. Soldado o rey, nadie pensaba entonces que hubiese crimen en querer derrocar al opresor de las libertades. Bernadotte salió triunfante; Moreau sucumbió. Los hombres que desaparecen jóvenes, son viajeros vigorosos que hacen pronto un camino, que hombres más débiles acaban a pasos lentos.

No fué por falta de advertencias por lo que Napoleón se obstinó en la guerra de Rusia: el duque de Frioul, el conde de Segur, el duque de Vicenza, que fueron consultados, opusieron a este proyecto una multitud de objeciones. «Apoderándose del continente, y aun de los estados de la familia de un aliado—decía valerosamente el último (*Historia del gran ejército*)—, no debe acusarse a este aliado de faltar al sistema continental. Cuando los ejércitos franceses cubrían Europa, ¿cómo criticar a los rusos su ejército? ¿Sería preciso lanzarse más allá de todos esos pueblos de Alemania, cuyas heridas hechas por nosotros no estaban aún cicatrizadas? Los franceses no se reconocían ya en medio de una patria que ninguna frontera natural limitaba. ¿Quién, pues, defenderá la verdadera Francia abandonada?» «Mi fama», replicó el emperador. Medea había suministrado esta respuesta. Napoleón hacía descender a sí la tragedia.

Alimentaba el propósito de organizar